

La dilatada evangelización de California

Manuel ESTEBAN LAMAS
Zamora

- I. El vuelo del alma cristiana.**
- II. California.**
- III. El inicio.**
- IV. Giro histórico.**
- V. Nuevas misiones.**
- VI. Reconocimiento.**
- VII. Programa colonial.**

I. EL VUELO DEL ALMA CRISTIANA

Infinitos son los caminos por los que avanzar hacia la más sublime adoración de Dios, desde el recogimiento total lejos del mundo y sus atractivos, a permanecer inmerso en la vorágine humana rodeado de tentaciones. Se puede amar a Dios bajo cualquier circunstancia y lugar mientras que el interior de la persona se mantenga iluminado por el mensaje divino, luz que, dependiendo de la intensidad con que envuelva al ser, puede motivarlo hasta emprender misiones trascendentes, incluso a niveles sobrehumanos. Quien así se conduce no busca recompensa, pues su virtud tiene las raíces en la humildad, en la entrega total de quien se confiesa pecador que no suplica sino el perdón. Con frecuencia semejante estado de embeleso ha llevado a los piadosos a comprometerse a la divina misión de predicar el Evangelio no solamente en la propia tierra, sino a volar a territorios allende de la civilización donde el aislamiento provocado por la distancia ha mantenido a los pueblos en la pobreza y la ignorancia religiosa.

Estos seres especiales poseen un alma sensible que no presta atención a los sacrificios personales o los riesgos implícitos a su aventura apostólica. Poseen un alma sólida que se eleva sobre cualquier duda sobreponiéndose a las dificultades, imponiendo su firme propósito de alcanzar el lugar donde el bagaje espiritual que portan es necesario, convencidos de que su presencia puede salvar almas y personas; lugares en los que la palabra de Cristo puede confortar, dar alegría de vivir y transportar a niveles de humanidad superior. Se trata de espíritus nacidos para realizar grandes obras, por lo que no precisan más que sentir el reflejo inspirador del momento oportuno para iniciar la ruta hacia un destino lejos de cualquier pronóstico, precisamente porque sus deseos son penetrar en la nebulosa del mundo desconocido con la intención de rescatar al hombre del aislamiento humano y la ignorancia religiosa. Loable propósito rodeado de inconvenientes y dificultades que disuaden del proyecto a quien carece de suficiente entereza de ánimo, pero nunca a quienes el impulso misionero les palpita en el inconsciente.

II. CALIFORNIA

Largo había de ser el proceso de la evangelización de California, punto geográfico del que se desconocía tanto las dimensiones de su división como las características de su litoral y orografía. Tierras áridas de escasas lluvias y terreno

montañoso que permite los cultivos en reducidas planicies, lo que hacía la supervivencia muy difícil y la colonización casi imposible. Por otra parte la agresividad de la escasa población de aborígenes siempre rechazó violentamente las incursiones causando bajas hasta disuadir de cualquier intento. Condiciones de extrema adversidad que extendieron los intentos de colonización y posible evangelización de la península de California desde 1532 hasta 1823, en que el desarrollo evangelizador llegó al máximo desarrollo en la California continental. Proceso de consecuencias insospechadas en su momento como ser el germen del país hegemónico en el mundo o que las misiones dieran lugar a las ciudades más importantes de Estados Unidos de América, como San Francisco o los Ángeles.

III. EL INICIO

En 1532 Hernán Cortés organizó tres expediciones consecutivas para explorar lo que en principio se consideró una isla. Su propósito era establecer asentamientos en unas tierras que según un mito poseían grandes riquezas, pero todas las tentativas fracasaron por distintas razones como falta de suministros o por motivos estratégicos. Él mismo fracasó en la última aunque no por esa razón desistió en el empeño y en 1537 organizó una nueva campaña de colonización gobernada por Francisco de Ulloa, cuyo éxito se limitó a penetrar hasta el río Colorado descubriendo que no se trataba de una isla sino de una península. Nuevos intentos por parte de Sebastián Vizcaíno en 1602 como los siguientes realizados en 1606 terminaron en los mismos fracasos.

“De nuevo, en 1677 Carlos II da órdenes al virrey de México para que organice una nueva expedición en California, la cual fue entregada al almirante Isidoro Atondo y Antillo, quien zarpó del continente en 1683 en compañía de tres jesuitas, entre ellos Eusebio Francisco Kino”¹.

Tampoco en esta oportunidad el éxito acompañó en el viaje pero sí logró despertar el interés del padre Kino, quien al regresar inició los trámites necesarios a todos los niveles a fin de lograr el consentimiento para viajar a la península de California con el propósito de explorar la región.

El 5 de febrero de 1697, Kino acompañado de Juan María Salvatierra, también miembro de la Compañía de Jesús, lograron una licencia real por la que se les concedía el derecho a colonizar Baja California estableciendo asentamientos permanentes con el propósito de explorar la península y fundar misiones,

¹ RUBIO I MORA, A., “Los jesuitas en Baja California”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid 1991, p. 51.

imponiendo la condición de que la Orden debía hacer frente a los gastos con sus propios fondos. Junto con la licencia se les otorgaba el derecho de reclutar a los soldados españoles que les acompañarían, pero igualmente con la obligación de pagar sus sueldos, al mismo tiempo se ponía a su disposición la facultad de nombrar a los representantes del virrey de Nueva España en California. No obstante a las imposiciones económicas, la labor evangélica de los Jesuitas en Baja California fue tan efectiva que Felipe V convocó un Consejo de Indias en 1702 en el que la institución concedió a los misioneros “una asignación de 6.000 pesos anuales hasta 1719, en que incrementan la cantidad anual a dieciocho mil pesos, y doce mil más a partir de 1736”².

Los medios extraordinarios a disposición de los misioneros jesuitas les permitieron realizar una gran labor fundando veinte misiones en Baja California: “La fundación de San Bruno tuvo lugar el 5 de octubre de 1683. Nuestra Señora de Loreto, fundada el 25 de octubre de 1697. San Juan Bautista Londó, fundada en marzo de 1699. San Francisco Javier Vigge-Biaundo, fundada en octubre de 1699. Nuestra Señora del Pilar de la Paz Ariape, fundada el 3 de noviembre de 1702. San Juan Bautista Malibar-Ligui, fundada en noviembre de 1705. Santa Rosalía de Mulegé, fundada en noviembre de 1705. San José de Comondú fundada en otoño de 1708. Purísima Concepción de Cadegomo, fundada el 1 de enero de 1720. Nuestra Señora de Guadalupe, fundada el 12 de diciembre de 1720. Santiago, fundada el 10 de agosto de 1721. Nuestra Señora de los Dolores de Chillia, fundada en agosto de 1725. San Ignacio de Kadakaaman, fundada el 20 de enero de 1728. Estero de las Palmas de San José del Cabo Añuiti, fundada en abril de 1730. Santa Rosa de las Palmas o Todos Santos, fundada en 1733. San Luis Gonzaga Chiriyaqui, fundada en 1740. Santa Gertrudis, fundada el 15 de julio de 1752. San Francisco Borja, fundada el 1 de septiembre de 1762. Santa María de los Ángeles, fundada en mayo de 1767”³.

IV. GIRO HISTÓRICO

En la madrugada del 25 de junio de 1767 la Compañía de Jesús de Méjico fue extinguida y expoliada por orden de Carlos III, dejando abandonadas las Misiones bajo el control de los jesuitas, grave problema que motivó que Fray Junípero Serra, investido con el cargo de Presidente de las Misiones, acudiera el 16 de julio acompañado de ocho hermanos franciscanos.

² CLAVIJERO, F. X., *Historia de la antigua o Baja California*, Ed. Porrúa, México 1982, p. 104.

³ CLAVIJERO, F. X., *Historia de la antigua o Baja California*, Ed. Porrúa, México 1982, p. 229.

Inicialmente el nombre de Fray Junípero Serra (1713-1784), era Miguel José Serra pero cambió su nombre al tomar los hábitos de fraile franciscano el 15 de septiembre de 1731 por el de Fray Junípero Serra en honor de San Juniper, uno de los primeros franciscanos y colaborador de San Francisco de Asís.

Entre las virtudes de Fray Junípero destaca su gran capacidad para los estudios, facultad que le llevó a ser doctor en teología y catedrático de filosofía. A lo largo de su amor a la lectura conoció las experiencias de numerosos misioneros franciscanos, sucesos que despertaron en él un gran deseo de participar en la difusión evangélica en tierras lejanas. No obstante mantuvo reprimida su vocación de misionero durante los nueve años que se entregó a la enseñanza como profesor titular de la cátedra de Teología Escolástica de la universidad de Luliana de Palma. Finalmente, en 1749 se presentó voluntario para viajar a las misiones de Nueva España.

El 28 de agosto de 1749 zarpó del puerto de Cádiz hacia América acompañado por otros veinte franciscanos. El 7 de noviembre desembarcó en Veracruz su destino inicial, desde donde estaba previsto que se trasladarse a la ciudad de México en mula, medio de transporte que rechazó optando por recorrer los 322 kilómetros de distancia a pie acompañado por el P. Francisco Palou. Acontecimiento que en otras circunstancias podría haberse interpretado como extravagancia de un aventurero pero que en el caso de Fray Junípero fue una íntima demostración de su espíritu de sacrificio, una entrega mística nada común que al tiempo que consistía en una ofrenda a Dios le dignificaba ante sí mismo, peregrinación que por otra parte le permitió conocer las costumbres y culturas de los poblados indígenas situados a lo largo del trayecto.

Su primer destino en Nueva España fue en Santiago Salpan, en la Sierra Gorda de Querétaro donde aprendió la lengua indígena de los indios pames, conocimiento que le sirvió no sólo para su labor doctrinal, sino que durante los nueve años que permaneció en el lugar los dedicó a instruir a los nativos en las labores del campo así como a diversos oficios. En esta comarca permaneció hasta 1758 en que fue llamado para que regresara a la Ciudad de México.

Las veinte misiones fundadas por los jesuitas más trece de los franciscanos y dominicos unidas al orden social constituido en la Baja California, supusieron la experiencia de una estructura sobre la que iniciar el movimiento de expansión hacia el norte en dirección a la llamada Alta California tierras desconocidas y lejos de cualquier establecimiento evangélico, una situación difícil que Fray Junípero Serra tomó como un reto. Por otra parte, conocía que Joseph de Gálvez,

visitador de México con grandes poderes delegados por Carlos III, aspiraba a colonizar la California del norte contando con la colaboración de los franciscanos. Teófilo Ruiz, quien piensa que la vida de Serra ha adquirido elementos mitológicos comenta: “Es indudable que la vida de Serra fue ejemplar en muchos sentidos y que su trayectoria: de Mallorca a la ciudad de México, de la capital de la Nueva España al interior del país, de Querétaro a la región periférica y de ahí a tierras todavía sin explorar, indican un alto deseo de convertir a aquéllos que aún no habían recibido la palabra de Cristo⁴”.

V. NUEVAS MISIONES

El reto suponía un fuerte atractivo y pronto los franciscanos se entregaron a la apasionante labor. Veintiuna fueron las misiones fundadas por ellos en California, de las que nueve corresponden a la obra de Fray Junípero Serra. La primera fue la misión de San Diego de Alcalá, fundada el 16 de julio de 1769. Un año más tarde, el 3 de junio de 1770, fundó la de San Carlos Borromeo en el norte de California. Pasado un año, el 14 de julio de 1771 la de San Antonio de Padua, seguida de la de San Gabriel, que fue presentada el 8 de septiembre del mismo 1771, justo un año más tarde, el 1 de septiembre de 1772, se fundó la de San Luis Obispo. Cuatro años fueron precisos para que se fundara la de San Juan Capistrano el 1 de noviembre de 1776, y tres meses después, la de Santa Clara de Asís, misión que abrió sus puertas el 12 de enero de 1777. Pasado el tiempo la de San Buenaventura, el día 3 de marzo de 1782. Finalmente, la de San Francisco, última de las obras fundadas por Serra.

Frenético avance el de Fray Junípero Serra creando moradas de Cristo en la tierra como presintiendo su próxima despedida de este mundo, lo que aconteció el 28 de agosto de 1784 a los setenta años, final de una vida de sacrificio y penitencia constante iluminado por la gracia divina. No obstante su obra no terminaría en el momento en que él partió porque su espíritu envolvía al resto de los franciscanos sobrevolando su labor, almas devotas que ya habían iniciado el camino de expansión del sagrado mensaje por sí mismos fundando misiones en distintos puntos de California. La muerte de Fray Junípero actuó sobre ellos como acicate, como estímulo coronado por el halo piadoso del Santo misionero que sumándose a su propia energía les elevó a niveles superiores. No había tiempo para demoras y sin tardar se entregaron a la empresa de seguir su obra erigiendo misiones allí donde fueran necesarias completando de esta manera el proyecto por él concebido.

⁴ RUIZ, T., *Diario de la Expedición de Fray Junípero Serra*, epílogo, Ed. Miraguano, Madrid 2011, p. 299.

Las misiones fundadas por los franciscanos en vida de Fray Junípero Fueron la de San Luis Obispo el 1 de septiembre de 1772, Dolores el 9 de octubre de 1776, San Luis Rey el 13 de junio de 1778 y la de Nuestra Señora de la Soledad el 9 de octubre de 1779. En la despedida de tan sublime maestro y cuando despertaron a la realidad de que era el momento de continuar su obra lo hicieron con la misión de Santa Bárbara el 4 de diciembre de 1786, cuya belleza y proporcionada construcción ha merecido el calificativo de ser: “la perla” de las misiones de California, condiciones extraordinarias probablemente derivadas de un sentido homenaje a Serra a quien se le prohibió inicialmente establecer una misión en la zona. Primera misión de una larga lista continuada por la Purísima Concepción fundada el 8 de diciembre de 1787, Santa Cruz el 25 de septiembre de 1791, San José de Guadalupe el 11 de junio de 1797, San Juan Bautista el 25 de junio de 1797, San Miguel Arcángel el 25 de julio de 1797, San Fernando Rey el 8 de septiembre de 1797, Santa Inés el 17 de septiembre de 1804, San Antonio de Pala 1816, San Rafael Arcángel el 4 de diciembre de 1817, para terminar con la de San Francisco Solano de Sonoma el 4 de julio de 1823.

Es cierto que la misión de Santa Bárbara destaca del conjunto pero este hecho no indica que el resto no sean dignas de consideración, porque contemplar cualquiera de las misiones produce una inexplicable sensación de respeto. Propiedad inherente a un lugar sagrado bañado por la espiritualidad, imagen tal vez inspirada por la súbita ascensión de la torre hacia el cielo hasta ser coronada por el campanario, airosa estampa donde las campanas reposan serenamente a la espera de convocar a los fieles nativos conversos, almas sensibles impactadas por aquel tañido que partiendo del templo viaja hasta la profundidad de la lejanía propagando el mensaje espiritual.

VI. RECONOCIMIENTO

Labor asombrosa la de los monjes franciscanos. Ardua tarea solamente posible tras la experiencia adquirida a lo largo de los años transcurridos en la Baja California construyendo y gestionando misiones, puesto que California, la Alta California, era un territorio sin explorar, lo era por resultar inhóspito de tal manera que las pocas incursiones anteriores al territorio de San Diego disuadieron a los participantes de continuar el avance o establecer asentamientos.

Resulta conmovedor imaginar que los franciscanos decidieran iniciar su incursión en la profundidad de un lugar de propiedades geográficas y climatológicas tan adversas de un territorio sin explorar con la intención de propagar la palabra de Cristo, pero mayor asombro aún produce el pensar de qué manera pudieron determinar los emplazamientos idóneos, decidir los puntos dónde establecer las misiones sin caer en errores; lugares que cumplieran los requisitos mínimos de

suministro de agua, de abundancia de material para la construcción y de una tierra fértil idónea para un cultivo de supervivencia.

Por añadidura entre las condiciones que debían reunirse figuraba la distancia adecuada de poblados concretos de indígenas. Localización que por otra parte tenía que favorecer la conexión entre todas las misiones por medio de una red de caminos, vías de comunicación para que tanto los misioneros como los fieles pudieran estar comunicados, optimizando el resultado del esfuerzo invertido en la proliferación de las misiones con el propósito de evangelizar a los nativos, de propagar la palabra de Cristo entre los pueblos ignorantes. Una vez establecida la misión los conversos adquirirían conocimientos muy lejos de los que su primitiva cultura podía ofrecerles al ser educados para colaborar en la construcción y cuidado de las misiones, también se les instruía sobre el cultivo del campo y otras labores y oficios, conocimientos que beneficiaban a ambas partes por las cosechas y por las variadas funciones que los indígenas podían realizar.

VII. PROGRAMA COLONIAL

El hecho de que los franciscanos se presentaran voluntarios a viajar a Nueva España, que fueran libres en lo relativo a lo espiritual y religioso para decidir y planificar sus misiones no significa que fueran totalmente independientes, puesto que la autoridad civil tenía que aprobar la localización. De hecho la expedición a que Fray Junípero se unió junto con otros veinte franciscanos tenía varios objetivos que alcanzar, uno era colaborar en la fundación de misiones en California, pero su programa tenía otros asuntos que tratar, con este fin, en el mismo navío viajaban soldados y responsables políticos. Por otra parte, necesariamente tendría que haber especialistas de todos los gremios, desde arquitectos a carpinteros, canteros, albañiles, herreros, etc. Trabajadores de la construcción destinados a levantar edificios lo mismo misiones que penitenciarios. Colaboración que no disminuye el mérito del esfuerzo de los franciscanos puesto que fundar una misión no significa construir el edificio físicamente, sino concebirla y ponerla en marcha con toda la complejidad que implicaba el convocar a los indígenas en su propio idioma y conseguir que la palabra de Cristo sea escuchada para que penetre en sus conciencias. Atendiendo este planteamiento una misión tiene el cometido primordial de atraer almas susceptibles de llegar a transformarse en fieles creyentes. Según palabras de Teófilo Rubio i Mora:

“Una misión era un establecimiento en el que había una iglesia, un habitáculo para el misionero, otro para la tropa, un almacén, una escuela para niños y otra para niñas, algunas estancias para neófitos”⁵.

⁵ RUBIO I MORA, A. “Los jesuitas en Baja California”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid 1991, p. 53.

Los problemas de las misiones eran muchos y muy variados que requerían no sólo la protección militar, sino su autorización para asuntos de trascendencia, como fue la prohibición de la autoridad civil a Serra quien pretendía poner en marcha su proyecto de confirmar a los nativos ya bautizados. Conflicto que trascendió hasta la apelación al Papa, resolviéndose con la victoria de Serra y la sustitución del gobernador. En cuanto a la protección tanto de las misiones como del orden establecido requerían la construcción de presidios, puesto que no eran raras las sublevaciones de los indios, como es el caso de los pericúes de Baja California, indignados contra los jesuitas por su censura a la práctica de poligamia de los nativos. Indígenas que en el ardor de su indignación trataron de acabar tanto con los misioneros jesuitas como con los miles de nativos conversos, conflicto que causó víctimas entre los religiosos y los evangelizados durante el periodo de la sublevación entre 1734 y 1737, año en que los indios fueron sometidos.

El propósito esencial del poder civil al estímulo de la creación de misiones, la entrega a su defensa, la inversión de recursos económicos, el suministro de lo necesario de los elementos para su construcción desde los trabajadores especializados a la fundición de campanas o fabricación de ladrillos o adobes, formaba parte de un plan general colonizador con fines imperialistas. En realidad, las licencias se concedían para que los misioneros colonizaran las tierras, establecieran asentamientos de población definitivos y exploraran la región. Se trataba de un doble frente de conquista de los territorios: por el uso de las armas y por medio del espíritu. Las armas actúan con rapidez pero generan odio y las conquistas pueden perderse con la misma celeridad. En cambio cuando la fe en Cristo penetra en el alma de una persona no va sola, llega envuelta en un intenso amor que fortalece sus raíces hasta convertirla en imperecedera.

El estudio de la situación probable denuncia la utilización de los valores espirituales con fines imperialistas. Sin embargo de la posible manipulación surge una paradoja en lo referente a España, imperio debilitado que terminó derrumbándose por sí mismo agobiado por la expulsión de las colonias en América y la invasión de sus tierras por las fuerzas napoleónicas. En cambio la pureza del esfuerzo evangelizador, la conquista de las almas realizada por los misioneros ha perdurado hasta el presente y lo seguirá haciendo en el futuro.

